

## BUSCO LA PAZ DEL ALMA

Después de muchos años asegurando las fronteras y organizando la vida pública de todos sus territorios, el emperador pudo por fin descansar y celebrar que la abundancia la prosperidad bendecían a todos sus súbditos. Quiso festejarlo por todo lo alto e invitó a todos sus gobernadores y secretarios que a partir de entonces le ayudarían a gobernar.

En medio de la celebración, Liang, un hombrecillo menudo y vestido con los honores de su cargo de gobernador, se prostró ante el emperador y le dijo:

- ¡Larga vida a su Majestad! Después de estos años a su servicio, ahora que el reino goza de la paz, siento que mi misión en el gobierno ha terminado. Solicito de su Bondad que me permita recluirme en un monasterio solitario para poder cultivar mi mundo interior el resto de mis días.



- Ahora que hay que gobernar a un pueblo es cuando más necesito de la colaboración de funcionarios sabios e inteligentes como tú. ¿Cómo es que decides que es momento para retirarte?

Pero Liang insistió tanto que el emperador accedió a complacerle.

- Te echaré de menos –fueron sus últimas palabras.

Esa noche Liang se volvió a su casa con su mujer. Ella estuvo en silencio durante toda la fiesta, pero nada más cruzar la puerta y quedarse a solas con su marido le reprochó:

- ¡No pensarás en serio que vas a retirarte a un monasterio! Siempre te han gustado los honores y las comodidades... ¡No aguantarás ni un mes! ¿Qué necesidad tienes de salir huyendo?

- Mucho me temo que no entiendes... Lo que necesito vivir no lo puedo encontrar en la corte ni entre las riquezas: busco la paz de mi alma. He estado toda mi vida ayudando al emperador a conseguir la paz de su pueblo y me he olvidado de buscarla para mi alma... ¡Ahora es el momento!

A la mañana siguiente, sin hacer mucho ruido, despidiéndose tan solo de algunos de sus fieles sirvientes, Liang salió rumbo a su nueva vida.

Durante mucho tiempo nadie supo nada de él. Una mañana, el emperador notó con más fuerza la tristeza de su ausencia. Preguntó a sus consejeros:

- ¿Se sabe algo del sabio Liang?
- Nada, Majestad. Sin noticias de él como desde el primer día.
- Quiero que lo encuentren –ordenó decidido-. Publicad un bando con su descripción por todo mi imperio y prometed una recompensa de cien monedas de oro a quien informe de su paradero.

Y así se hizo. A los pocos días, un cazador llegó al palacio del emperador, diciendo que sabía dónde encontrar a Liang.

- Por lo que se dice de él tiene que ser un hombrecillo que vive solo en las Montañas del Sur –informó.



De modo que el emperador, que estaba ansioso por saber si su viejo siervo había encontrado la felicidad lejos de su corte, salió de camino a las Montañas del Sur dispuesto a encontrarse con Liang. Después de tres jornadas de camino llegó con su séquito a las montañas y se adentró en sus bosques. Después de un tiempo buscando, en un claro entre los árboles pudo divisar al sabio. Estaba aún más pequeño y delgado, pero parecía ágil entre las piedras. Recogía moras silvestres y algunos animales del bosque le daban compañía. El emperador irrumpió en su presencia:

- ¡Querido Liang! ¡Cuánto te he echado de menos! ¡Menos mal que te encuentro!

- ¡Yo también a usted, Majestad! –contestó el monje.
- Tu mujer y tus hijos te echan de menos y yo estoy dispuesto a olvidarme de todo este tiempo y devolverte la dignidad que tenías cuando trabajabas a mi servicio. ¡Monta a caballo y vuelve conmigo!
- Con mucho gusto –dijo Liang-, pero antes quisiera invitaros a un te en mi humilde choza.
- ¡Encantado! –aceptó el emperador.

Ambos se adentraron en el bosque. El camino los condujo por espacios cargados de hermosura; las flores y los árboles, el canto de las aves, la presencia de ciervos y otros animales que estaban acostumbrados a la presencia del hombrecillo... Liang sonreía y el emperador gozaba de todos estos tesoros. El sendero bordeaba un arroyo de agua cristalina hasta que la pendiente tomó altura. Llegaron a un lugar para atravesar al otro lado del profundo barranco. Un viejo tronco lleno de verdín y medio podrido hacía las veces del puente. Liang pasó por encima con paso ligero y decidido... Pero el emperador se detuvo en seco.

- No puedo pasar por este tronco –dijo el emperador-; es demasiado peligroso.

- ¡Ánimo, Majestad! Mi casa está a este otro lado. Ya queda menos.

- Pero yo peso demasiado para que este viejo árbol me soporte...

- ¡Quitaos vuestras ropas! ¡Dejad ahí vuestras armas! Descalzaos y dejad a un lado... vuestro miedo –dijo el sabio-. Sois demasiado pesado.

- Temo perder la vida si lo intento.

- ¡Arriesgaos!

- No me atrevo, peso demasiado – concluyó el emperador.

Se miraron en silencio durante un tiempo. El emperador se dio media vuelta y regresó con su séquito. El monje prosiguió solo su camino... y se bebió un te disfrutándolo en paz.



### **Para profundizar**

Imagina que eres el emperador y estás ante el tronco...

- ¿Cómo te sientes siendo pesado, importante, teniendo cosas a las que temes perder?
- ¿Qué situaciones de tu vida te han hecho dar marcha atrás y no te han permitido arriesgar tu vida?
- ¿Qué temes?

Imagina que eres el pequeño Liang... Descúbrete atravesando por el puente y caminando ligero y libre...

*A SOLAS, CON LA PAZ DE TU ALMA*